

Mi padre estaba entre los concurrentes al acto, en una de las sillas de pera y manzana colocadas en el salón, y se sentía, según me lo confesó andando los años, vuelto un chiquillo al ver que todos lo miraban siempre que decía yo alguna cosa acertada, y más si daba un *panzazo* ó *brincaba* á otro chico.

Cuando concluyó el acto y todos aquellos señores se levantaron, oí que el *maistro* Ruiz decía á mi padre mientras le daba amistosas palmaditas en el hombro: «no tengo más que enseñarle...; sabe más que yo...; el maldito muchacho, si lo quiere, mañana mismo obtiene su título de preceptor de *primer orden*.»

